

Ponencia para VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Mesa nº 3, “Las aventuras de la dialéctica. Teoría sociológica y marxismo occidental” (Alberto Pérez, Andrés Stefoni, Nicolás Welschinger)

Autor: Damián López

Dirección: yerbal 2439, 1º A. Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Teléfono: (011) 4611-8579

Correo Electrónico: damianlopez@gmail.com

Pertenencia Institucional: UBA/Conicet

Título: “Futuro pasado de la nación en el marxismo clásico de la Segunda Internacional”

Durante el periodo de hegemonía de la Segunda Internacional sobre el movimiento socialista europeo (1889-1914), se dieron una serie de debates en torno a la “cuestión nacional” por parte de algunos de sus miembros más prominentes. Estas discusiones no sólo fueron claves para delinear las distintas corrientes dentro del movimiento, sino que también sentaron las bases sobre las cuales descansarían gran parte de las posiciones y estrategias de grupos de izquierda aún mucho después.¹

El objeto de esta ponencia es presentar un breve recorrido crítico por algunos de estos desarrollos sobre la concepción de nación en diversos autores pertenecientes a la Segunda Internacional que hoy pueden considerarse clásicos. Así, se tratarán las discordantes visiones de Karl Kautsky, Rosa Luxemburg, Lenin, Stalin y Otto Bauer, representantes de muy diferentes corrientes políticas y orientaciones de interpretación de lo social dentro del campo marxista. La intención de esta indagación es detectar una complejidad que deviene tanto de los diversos posicionamientos político-epistemológicos como de la propia problematicidad del fenómeno nacional, objeto de estudio plagado de contradicciones y que aún hoy es materia de interpretaciones en pugna.

Es de destacar que Marx y Engels no habían escrito demasiado sobre la cuestión nacional, y sólo podían consultarse algunos extractos sobre el tema desperdigados en sus escritos, y extraerse algunas orientaciones generales a partir de sus prácticas políticas. Nada parecido a un estudio riguroso y sistemático, sino tan solo la idea de que el proletariado no tenía patria y que la revolución socialista sería internacional. La frase “proletarios del mundo uníos”, resultó ser la consigna universal de un programa internacionalista. Para los fundadores

¹ Basta con mencionar la influencia que tuvo la posición leninista de defensa del “derecho a la autodeterminación de las naciones” en los movimientos de liberación nacional, o la definición “objetivista” de nación de Stalin en el bloque soviético.

del materialismo histórico, en síntesis, el nacionalismo no era más que una ideología efímera y de carácter burgués, destinada a desaparecer junto al sistema social que la sostenía.²

A partir de este precedente, muchos marxistas de la Segunda Internacional opusieron al internacionalismo proletario con el nacionalismo burgués. El nacionalismo estaba creciendo, pero antes de la primera guerra mundial, aún no estaba claro que el Estado-nación se convertiría en la forma universal de legitimidad estatal, por lo que muchos socialistas llegaron a subestimar el poder de adhesión y movilización que el nacionalismo estaba teniendo. De alguna manera, nacionalismo y socialismo se mostraban como ideologías en competencia, y pocos creían que el siglo XX iba a estar signado por esta ideología. Hoy sabemos que finalmente esto último fue lo que ocurrió, ya que salvo en contados casos —como el de la revolución rusa—, hasta el socialismo debió conciliarse con el nacionalismo para cobrar fuerza y convertirse en movimiento de masas. Para principios del siglo XX, sin embargo, tal evolución parecía poco probable y, sólo el avance del chovinismo, y finalmente el estallido de la primera guerra, cambiarían la percepción sobre este fenómeno.³

Aún así, debe destacarse que el imperialismo europeo y el desarrollo de fuertes movimientos nacionalistas en Europa central y oriental compelián a tomar un posicionamiento político que implicaba repensar un contexto muy diferente al evaluado por Marx y Engels. De allí que, en rigor, en esa época “la cuestión nacional” girara en torno del problema colonial, y

² Siendo más precisos, puede decirse que sus análisis giraban fundamentalmente sobre dos ejes: a) El proletariado no tiene patria, es una clase con intereses internacionales, y la revolución socialista está llamada a ser internacional y superar las barreras político-económicas de los Estados (sin implicar necesariamente homogeneidad cultural); b) En el contexto revolucionario de 1847-48, donde estaban planteadas revoluciones de tipo democrático-burguesas en Europa, el nacionalismo podía contener características progresivas, aunque era una ideología pequeño burguesa a ser superada históricamente por el proletariado.

En aquel momento, Rusia era el centro de la reacción en Europa. En un contexto revolucionario, Alemania era para Marx y Engels el sitio estratégico desde donde cambiar la correlación de fuerzas. A partir de allí se extraían las conclusiones con respecto al problema nacional en el centro y este europeo. Así, se concluía que había naciones “aptas” para conformarse como países independientes (es el caso de Polonia) y otras, como los pueblos eslavos, cuya independencia sólo serviría de apoyo a la política zarista, y por lo tanto eran “reaccionarias”. En síntesis, los movimientos nacionalistas eran medidos con la vara de la revolución democrática en Europa (y en especial en Alemania), y nunca se sostuvo un universal derecho a la separación política en abstracto que los socialistas debieran defender. Así nació el rótulo de “pueblos sin historia” (un término de raíces hegelianas) que Engels retomó para criticar a los movimientos nacionales de los eslavos centroeuropeos que no tenían razón de ser, ya que se trataba de poblaciones en vías de ser absorbidas por otras más desarrolladas. [Existe un excelente estudio sobre este tema en particular: Rosdolsky (1980)].

En gran medida, estas posiciones se mantendrían hasta la muerte de los fundadores del materialismo histórico. Sin embargo, es necesario, para completar el cuadro, dar cuenta del cambio de opinión de Marx, cambio que se produce ante la reflexión con respecto al caso irlandés. En principio, Marx se oponía a la separación política de Irlanda, pero hacia 1870 reconocerá la necesidad de que esta se dé, no sólo por la importancia que cobra su movimiento nacionalista, sino sobre todo por lo perjudicial que resulta para el proletariado inglés —principalmente a nivel ideológico— esta situación de opresión sobre otro pueblo. Se esboza así la idea de que el proletariado no puede avanzar en la lucha por el socialismo mientras se oprime a otras naciones. De ahí partiría posteriormente Lenin para proclamar la obligación socialista de defender el “derecho de las naciones a la autodeterminación.” Sobre estos temas, Véase Marx y Engels (1980).

³ Esta subestimación del nacionalismo por parte de los intelectuales —no sólo marxistas— del siglo XIX, y aún a principios del siglo XX, es analizada en Berlin (1983).

también sobre la cuestión de la autonomía de pueblos incluidos en Estados con más de una nación (este será un tema central de discusión para la socialdemocracia austríaca y rusa). Tal vez lejos de lo esperable, estos temas no generaban respuestas unívocas, y por ejemplo en relación a la cuestión colonial, fue tomando forma una siempre minoritaria aunque importante corriente “socialimperialista” que a partir de una concepción marcadamente evolucionista y mecanicista, interpretaba al colonialismo como una etapa necesaria y progresiva para los países “bárbaros”, sin ser por esto nacionalista.⁴

De todas formas, en términos generales la posición dominante era contraria al colonialismo, pero inserta también en un horizonte evolucionista, concluía que el carácter cada vez más internacional del capital convertía al nacionalismo en un fenómeno regresivo frente a la objetiva tendencia a la internacionalización económica y cultural. Además, se lo concebía como un mero instrumento ideológico de la burguesía para afianzar su dominio de clase. Esta interpretación, que sin dudas se servía de la simplificación y subvaloración para sustentar las convicciones internacionalistas, logró contar con adherentes incluso mucho más adelante, y bajo diversas formas continuó apareciendo en el seno de las izquierdas como crítica radical. Se trata, en fin, de una discusión que no deja de tener relevancia incluso hoy, aunque por supuesto a la luz de debates que han desplazado los ejes del problema.⁵

⁴ El ejemplo más relevante al respecto es el de Eduard Bernstein, principal teórico del denominado “revisionismo” (desarrollado entre 1896 y 1904, a partir de una muy conocida polémica con Karl Kautsky). Ya en 1896, en el artículo “La socialdemocracia alemana y los disturbios turcos” Bernstein realiza una crítica al colonialismo sólo en términos morales. Así, se distingue entre un colonialismo “malo” y otro “bueno”, de acuerdo al nivel de desarrollo del país imperialista, y a los métodos empleados. Desde esta posición, entonces, el colonialismo es visto como generalmente económica y culturalmente progresivo para los países atrasados, porque ayuda a desarrollar el capitalismo y lleva “civilización” a los “pueblos bárbaros” [Véase AAVV, (1978), pp. 47-58].

A pesar de que Bernstein se oponía al nacionalismo y chovinismo (no debe olvidarse que incluso votó en contra de los créditos de guerra en 1914) representó el hito de que por primera vez en la SD deja de criticarse al colonialismo, para sólo intentar corregir sus métodos, luchando por uno “más humano”, e incluso se defiende la idea de que el futuro socialista no implicará su fin. Así, en su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, escribe: “Por lo demás, cuando se trata de la obtención de colonias, existen razones para examinar detenidamente su valor y sus perspectivas, así como para controlar rigurosamente la compensación y el trato que se dé los aborígenes, lo mismo que el resto del aparato administrativo; pero no hay ninguna razón para condenar el hecho de la obtención de colonias como algo desde un principio reprochable” [Ibíd, p. 11].

Las posiciones procolonialistas no tuvieron hasta 1904 (Congreso de Amsterdam) casi ningún peso. Pero a partir de esta fecha, y cada vez más —a medida que las tensiones entre las potencias coloniales se acrecentaban— el sector de derecha se irá afianzando en el seno de la Segunda Internacional. Una clara muestra de esto fue la votación de una propuesta presentada en el Congreso de Stuttgart de 1907. Allí perdió la moción de no declararse en contra de cualquier tipo de colonialismo, pero tan sólo por 127 votos contra 108 a favor. Finalmente, y a pesar de que Rosa Luxemburg lograra un compromiso de actuar en contra de cualquier guerra interimperialista, el conflicto de 1914 mostraría hasta que punto habían avanzado las posiciones socialimperialistas, dando como resultado la ruptura de la Segunda Internacional.

⁵ Por poner un ejemplo relativamente reciente de posiciones encontradas en torno al vínculo entre movimientos nacionalistas y política de izquierda, véase Hobsbawm (1991) y Nairn (1993).

En lo que sigue expondremos entonces las posiciones de algunos miembros de la Segunda Internacional en relación a dos problemas: a) La concepción sobre qué es una nación —cuestión que aún hoy es difícil de responder, y que obtiene muy variadas respuestas también en el ámbito académico, según el autor al cual leamos— b) La contraposición —o no— entre un desarrollo objetivo hacia la internacionalización propia del sistema capitalista y el nacionalismo como ideología.

Karl Kautsky: Internacionalismo progresivo y nacionalidad por lengua.

En esta indagación en la concepción de la nación desde el marxismo, los trabajos de Kautsky tienen gran relieve, ya que fueron una importante fuente de influencia para gran parte de los miembros de la Segunda Internacional. Él desarrolló, desde su posición marxista ortodoxa, una teoría sobre la “génesis, formación y desaparición de la nación”.

El interés de Kautsky por el problema fue temprano. En 1887, escribió el artículo “La nacionalidad moderna”, en el cual analizó qué es una nación desde un enfoque sociohistórico. Allí, Kautsky sostenía que el fenómeno nacional era propio del capitalismo. La autarquía económica de las comunidades cerradas de la etapa precapitalista había resultado una traba tanto para la conformación de un mercado unificado como para una identidad de tipo nacional. A pesar de esto, el nacionalismo encontraría sus raíces en una etapa previa al triunfo de la burguesía. Así, los Estados precapitalistas sirvieron de base para el desarrollo de una lengua, literatura, arte y filosofía nacional. El problema era que allí los bienes culturales de este tipo se encontraban en manos de la aristocracia, y las comunidades vivían en su recortado campo cultural. Por lo tanto, no fue hasta que se disolvieron las comunidades de base y se pudo participar en la cultura supralocal que se abrió el período nacional. A partir de la baja Edad Media y la Edad Moderna Europea, tanto el comercio, el proceso de centralización política, el deterioro de la autosuficiencia comunal, y la conformación de un ejército nacional, irían sentando las bases para la conformación de Estados nacionales.

Según Kautsky, durante cierto momento —mientras la burguesía revolucionaria se oponía al Antiguo Régimen— la defensa de la nación fue progresista. Así, si bien la emergencia de los Estados nacionales fueron una consecuencia del capitalismo, y la idea nacional resultaba fundamentalmente burguesa, el proletariado coincidió en un primer momento con la burguesía en su conformación, ya que tenía interés por ejemplo en su libre traslado para trabajar. Pero para Kautsky, ya a fines del siglo XIX, la nación se había convertido en un mero medio ideológico de dominación de clase. Es que en esta última etapa, el desarrollo capitalista conllevaba una creciente internacionalización no sólo en el plano

económico, sino también en el cultural. Así, los círculos culturales internacionales devenían más amplios que las naciones (cristianismo o mundo occidental, islamismo y brahmanismo) y existían lenguas universales que era necesario conocer para participar de una cultura cada vez más internacional (inglés, francés, alemán, etc.). Kautsky sostenía, entonces, que existía una tendencia a la homogeneización cultural, y que los límites nacionales eran cada vez más estrechos. Por esto, un “sentimiento nacional” que no sólo implicara solidaridad, sino aferrarse a la tradición y aversión a los vecinos, era francamente reaccionario. Este podía operar como una fuerza autónoma, sin conexión con el “desarrollo histórico”, y así convertirse en un obstáculo para este desarrollo.

En síntesis, Kautsky planteaba una tendencia lineal hacia la unificación y homogenización cultural (e incluso lingüística). El nacionalismo era entonces un paso progresivo con respecto a etapas precapitalistas, pero en cierto momento se convertía en un fenómeno reaccionario que entraba en contradicción con la misma tendencia hacia la internacionalización propia del capitalismo. Sólo el socialismo podría entonces resolver esta contradicción, ya que implicaba el fin de la separación estatal y la racionalización de una economía ya internacionalmente integrada. Kautsky creía que sólo entonces la unificación cultural avanzaría sin impedimentos, extinguiéndose la división de la humanidad en naciones.

Por otra parte, Kautsky avanzó en el análisis de la significación del concepto de nación. Para él, las dos características clave de la nación eran la lengua común —dada gracias a un proceso de unificación lingüística comenzado por el absolutismo y consolidado con el capitalismo— y un mercado unificado. También remarcaba la importancia de la escritura para la conformación nacional, ya que estandariza la lengua, haciendo más dificultosa la mezcla, y permite el contacto de generaciones distintas. Por último, mostraba como eran las capas medias de “intelectuales”, la burocracia, y el ejército, los más interesados en llevar adelante esta uniformidad lingüística. Gracias a la labor de estos sectores, “nacían” las naciones.

Kautsky concebía entonces fundamentalmente a las naciones como un fenómeno burgués, cuya condición material de posibilidad era contar con un mercado unificado, y su principal instrumento la lengua en común. Esta concepción de la nación “por la lengua” resultó ser una de las primeras elaboraciones marxistas sobre el tema, y un avance teórico de importancia en su momento. Sin embargo, resultaba un tanto unilateral y, como veremos, Otto Bauer la sometería a crítica en su importante obra sobre el problema nacional.

El debate Luxemburg-Lenin

A partir de la interpretación del imperialismo como nuevo estadio del desarrollo capitalista, un grupo minoritario de marxistas de la Segunda Internacional planteó la necesidad de llevar adelante una estrategia proletaria revolucionaria. La revolución rusa de 1905 les llevó a concluir que un nuevo periodo de convulsiones sociales se abría en Europa, y que no era posible confiar en ningún tipo de alianza con una burguesía que se había convertido en opresora y reaccionaria. Dentro de esta corriente, se destacan algunos de los nombres más importantes de la historia del socialismo, como Lenin, Rosa Luxemburg, Josef Strasser, Anton Pannekoek, y Karl Radek, entre otros.

En el seno de esta corriente se desarrolló uno de los principales debates en torno a la cuestión nacional y colonial. Se trata de la discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación. Los principales exponentes fueron Rosa Luxemburg y Lenin. En realidad, no se trató de un debate directo entre los dos, ya que Luxemburg publicó su principal trabajo sobre el tema en 1908 (*La cuestión nacional y la autonomía*⁶) polemizando con las posiciones políticas del Partido Socialista Polaco, mientras que Lenin comenzó a escribir sus artículos sobre el tema recién 5 años después, y debido, en principio, a una interna partidaria.

Luxemburg elaboró sus críticas al programa de unificación nacional y conformación de un Estado polaco independiente del PSP⁷ entre 1895 y 1897. En aquel momento los polacos se encontraban divididos, repartidos en tres Estados diferentes: Rusia, Austria y Alemania. Como antecedente de enorme peso, Marx y Engels habían apoyado el proyecto de separación polaca en parte por la gran participación de polacos en los movimientos revolucionarios de toda Europa, pero sobre todo por la necesidad de conformar un “cordón sanitario” de contención antirruso, a fin de acrecentar las posibilidades de una revolución triunfante en Alemania. El PSP se servía de este precedente para legitimar sus posiciones, y la mayoría de los socialdemócratas los apoyaban, porque seguían pensando en los términos de los fundadores del materialismo histórico. Por lo tanto, la crítica de Luxemburg debía dismantelar estos argumentos demostrando que la nueva configuración capitalista abierta a fines del siglo XIX los había vuelto anacrónicos.

En primer lugar, Luxemburg sostenía que en la etapa imperialista el Estado nacional no era la organización política más desarrollada. Lo característico de este período era el “Estado conquistador supranacional”, y las luchas nacionales por la separación política no podían ser la base de una estrategia revolucionaria y socialista que necesitaba de la

⁶ Luxemburg (1979).

⁷ Partido fundado en 1892.

conurrencia del proletariado de distintas nacionalidades. Seguir una política nacionalista significaba entonces la subsunción del proletariado en la órbita de los intereses de la burguesía, y dentro de Estados multiétnicos —como en el caso de la Rusia zarista—, la separación restaría fuerzas al objetivo de mejoramiento de las condiciones de toda la clase obrera de ese país.

Según Luxemburg, la época de las revoluciones democrático burguesas, contexto en el cual Marx y Engels escribieron, había concluido hacia tiempo en occidente. La burguesía se había convertido en clase dominante, y ya no se oponía al Antiguo Régimen, sino al proletariado. Además, Rusia ya no era el baluarte de la reacción europea como en tiempos de Marx (según sostenía, esto había cambiado desde la modernización del Estado posterior a la guerra de Crimea de 1853-56, y reforzado por la revolución rusa de 1905).

Con respecto al caso concreto de Polonia, su desarrollo capitalista estaba fuertemente ligado a Rusia. Esto explicaba, según la autora, por qué la burguesía polaca no tenía interés en conformar un Estado independiente. Sus intereses estaban entrecruzados con los de la burguesía rusa, y un Estado separado implicaba la creación de barreras aduaneras. De allí se concluía que era sólo la intelectualidad pequeño burguesa polaca la interesada en un proyecto nacional. Estos intelectuales, intentaban captar al proletariado para su causa, y dado que algunos de ellos, como los miembros del PSP, eran socialistas, Luxemburg acuñó el término de “socialpatriotas” para caracterizarlos.

Luxemburg planteaba entonces la primacía de la democracia y el socialismo sobre la nación. No podía defenderse un “derecho a la autodeterminación de las naciones” en abstracto, sino que debía analizarse en cada caso concreto si la separación política era progresiva o no de acuerdo a los intereses de la clase obrera⁸. Y según se desprende del análisis anterior, el único camino progresivo para el proletariado polaco era la lucha revolucionaria en conjunto con el proletariado ruso para derrocar al zarismo y conseguir la creación de una república. Toda política nacionalista del proletariado polaco implicaba marchar detrás de la pequeña burguesía, y hacer más difícil aún las posibilidades de democratización. Luxemburg proponía entonces el principio de autonomía para Polonia, lo cual se oponía según ella a cualquier tipo de federalismo o separación. Además, en esta propuesta la autonomía no se entendía como contrapuesta a la centralización —Luxemburg

⁸ El Congreso de Londres de 1896 se había resuelto por afirmar el derecho a la autodeterminación en general (sin decir nada sobre la cuestión polaca), aunque acentuando el carácter internacionalista del proletariado. Rosa Luxemburg interpretaba esta resolución como una confirmación de sus posturas. Según Lenin, en cambio, quedaba claro que en aquel Congreso había triunfado el punto de vista de Kautsky, contrapuesto al de Luxemburg.

era una decidida centralista—, ya que se definía en tanto la aplicación de políticas centrales tomaban en cuenta las características específicas del lugar, mediante una mayor participación y democracia para el proletariado de cada nación. Esta autonomía era por tanto homologable al autogobierno local, y se oponía al federalismo porque no implicaba fragmentación, sino la concreción de políticas centrales de acuerdo a las realidades regionales.

Unos años después, durante el período que va de 1913 a 1916, Lenin escribió varios artículos sobre la cuestión nacional, polemizando con los puntos de vista de Luxemburg. En ellos sostenía que el derecho de las naciones a la autodeterminación era un principio fundamental para cualquier política marxista. Para él, autodeterminación implicaba, fundamentalmente, derecho a la separación política. El apoyo al derecho a que cada región decida por sí misma si se separaba no significaba, sin embargo, que la socialdemocracia apoyaría tal separación (es más, podría darse el caso en que se hiciese propaganda en contra de ésta, denunciando al nacionalismo burgués).

Retomando la última posición de Marx con respecto al caso irlandés, Lenin sostenía que la política socialdemócrata de lucha por la ampliación democrática no podía dejar de lado el derecho a la autodeterminación, porque eso haría el juego a los nacionalistas de la nación opresora, y distanciaría al proletariado de las naciones oprimidas de una lucha en conjunto. De allí que en su opinión los análisis de Rosa Luxemburg sobre Polonia caían en el error de apoyar el punto de vista de los ultrarreaccionarios nacionalistas rusos al negar este derecho en su polémica con los socialistas polacos.

Según Lenin, Luxemburg también se equivocaba al declarar utópico cualquier intento de independencia de pequeños Estados en la era imperialista. El dominio del capital financiero (que no podría subvertirse por medios democráticos), no implicaba que no pudiesen conseguirse mejoras democráticas a pesar del dominio burgués, y al no reconocer este hecho, Luxemburg confundía el campo político con el económico. Era fundamental entonces apoyar la lucha por la ampliación democrática, intentando siempre trasvasar sus límites, trazando un horizonte socialista.⁹ Además, aducía Lenin, el derecho a la autodeterminación era un derecho democrático, no irrealizable en aquel contexto, tal como lo demostraba la separación noruega de Suecia en 1905.¹⁰

⁹ Esta postura de Lenin se conecta con su visión sobre la futura revolución rusa, que sería esencialmente de tipo “democrático radical”: esto está contenido en el programa que presenta en “Dos tácticas para la socialdemocracia”. La posición cambia en 1917, a partir de las famosas ‘Tesis de abril’, donde se defiende la necesidad de una revolución socialista.

¹⁰ “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, en Lenin (1974), pp.143 a 206.

Siguiendo esta línea, en el artículo “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”¹¹ de 1916, Lenin presentaba una división entre tres tipos de países, con diferentes características y donde la socialdemocracia se encontraba ante tareas disímiles. El primer grupo era el de los países capitalistas desarrollados de Europa occidental y Estados Unidos. Allí habían concluido los movimientos burgueses nacionales progresivos. Estos eran en cambio los países opresores de otras naciones. El proletariado debía entonces luchar contra esta opresión. El segundo grupo de países incluía a los del este europeo, Balcanes y Rusia. Aquí emergían movimientos nacionales democrático burgueses. El proletariado debía luchar a favor de las transformaciones en aquel sentido. Con respecto a la cuestión nacional, la tarea sería intentar fundir la lucha de clases de los obreros de las naciones opresoras con la de los obreros de las naciones oprimidas. Por último, se encontraban los países coloniales y semicoloniales (como China). Allí los movimientos democráticos recién comenzaban. Por eso, los socialistas debían exigir la libertad de las colonias, y apoyar a los elementos más progresistas de los movimientos de liberación nacional democrático burgueses.¹²

Esta distinción tenía como objetivo, por un lado, diferenciar entre las naciones oprimidas y opresoras (algo que por ejemplo, Kautsky no hacía), planteando así tareas diferentes para los socialistas de acuerdo al país en que estuvieran. Por otro lado, se criticaba así a las dos tendencias “socialpatriotas”: tanto a quienes sostenían que el imperialismo y la concentración económica eran progresivos, negando el derecho a la autodeterminación por utópico; como a quienes reconocían la autodeterminación hipócritamente, porque negaban la necesidad de la revolución socialista en las naciones opresoras. En síntesis, a través del derecho a la autodeterminación, Lenin enlazaba el internacionalismo proletario y la lucha por el socialismo con la cuestión nacional. Siguiendo las últimas opiniones de Marx con respecto a Irlanda, concluía que, si el proletariado de una nación opresora no se volcaba a favor de la autodeterminación, se encontraría detrás de una política burguesa y chovinista, con el

¹¹ “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”, en Lenin, V. I. , *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario*, Progreso, Moscú, 1977, pp. 114-127.

¹² Sin lugar a dudas, este fue uno de los elementos de los análisis leninistas que más influencia tuvieron. En la época de su elaboración, parecía prácticamente imposible que se dieran movimientos separatistas viables en las colonias del mundo no europeo. Sólo se encontraba abierto el conflicto en naciones europeas como Irlanda, y sobre todo en la zona del centro y este, debido a la crisis y desmembramiento de los grandes imperios multiétnicos de la zona —Rusia, Austria-Hungría y Turquía— con la primera guerra mundial. La etapa posterior a la segunda guerra, y sobre todo desde finales de la década de los 50’ y principios de los 60’, se caracterizarían por una ola de luchas de liberación nacional, abriéndose el paso para la descolonización de Asia y África. En ese contexto, estas posiciones de Lenin, complementadas con su teoría sobre el imperialismo, cobraron un protagonismo inusitado en los países del tercer mundo.

consiguiente retraso ideológico y la imposibilidad de plantear una política independiente de clase.

De allí partía entonces su principal crítica a Luxemburg. Lenin reconocía que su análisis con respecto al caso polaco era acertado, pero de ninguna manera el extraer de éste la conclusión de que no se debía defender el derecho a la autodeterminación de las naciones del Imperio zarista, lo cual implicaba claudicar ante los nacionalistas gran rusos, y por tanto un retroceso político e ideológico para la clase obrera rusa.¹³ Desde su punto de vista, en cambio, sólo era acertado que la SDP hiciese propaganda en contra de los nacionalistas polacos, mientras sostenía, junto al POSDR, el derecho a la autodeterminación de Polonia.

Lenin confiaba en que la defensa socialista del derecho a la autodeterminación era la única manera de permitir una libre y voluntaria asociación, y por lo tanto acercaría al proletariado de las naciones oprimidas y opresoras, más que fomentar el deseo de que se concrete la separación. Tendía así a reconciliar a movimientos nacionalistas de naciones oprimidas y al socialismo, siguiendo a Marx, quien relacionaba el problema nacional con el de la democracia política. Cabe destacar que en términos ideológicos Lenin creía que dentro del “orgullo nacional”, el “amor a la patria”, etc., convivían elementos contradictorios, tanto reaccionarios como progresivos, y que la política socialista no podía consistir en negar la entidad del fenómeno nacional, sino en rescatar los elementos positivos, y luchar contra los negativos de las masas.

Esta importante conclusión, lo llevó a entender al orgullo de “ser ruso” como ligado a la revolución y rebeldía frente a toda opresión, con lo cual él mismo se consideraba “un patriota” ya que “...en el siglo XX, en europa no se puede “defender la patria” de otro modo que luchando por todos los medios revolucionarios contra la monarquía, los terratenientes y los capitalistas de la propia patria, es decir, contra los peores enemigos de nuestra patria.”¹⁴ Así, se abría el camino para una disputa de los contenidos identitarios de la nación, reconociéndose la importancia de una intervención política sobre tal terreno.

En síntesis, Lenin criticaba la concepción que contraponía al internacionalismo socialista con los movimientos nacionalistas, ya que, según él, estos se complementaban en tanto revolucionarios: “Es profundamente antimarxista la idea de que se pueda “velar” la

¹³ Vale aclarar que, en realidad, Luxemburg no se encontraba en contra de toda separación política por principio, sino que colocaba a la democracia y socialismo por delante de los derechos nacionales —aunque no sin cierta dosis de mecanicismo—. Así, por ejemplo, defendió la separación de las naciones que conformaban al Imperio Turco, sosteniendo que allí el Estado multinacional era una traba para el desarrollo capitalista y la democracia. Esto implicaba dar vuelta por completo la táctica que había enunciado Marx, ya que este defendió la independencia polaca y se manifestó en contra de la separación de naciones eslavas meridionales.

¹⁴ Lenin, V. I., “El orgullo nacional de los gran rusos” en Lenin (1974), p. 219. En este artículo de 1914, Lenin defiende el derrotismo como política de la POSDR con respecto a la guerra.

consigna de revolución socialista, relacionándola con una posición revolucionaria consciente en cualquier problema, incluido el nacional.”¹⁵

La crítica leninista a las rígidas concepciones de Kautsky o Luxemburg, descansaba en la confianza en la coincidencia del socialismo y los movimientos nacionales de naciones oprimidas en el contexto de una revolución internacional. Así, en su artículo “Una caricatura del marxismo y el economicismo imperialista”, sostenía: “La revolución social sólo puede producirse en la forma de un período en el que se combinan la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados con toda una serie de movimientos democráticos y revolucionarios, incluido el movimiento de liberación nacional, en las naciones no desarrolladas, atrasadas y oprimidas”.¹⁶

Posteriormente, ante el aislamiento de la revolución bolchevique y la imposibilidad de una revolución a nivel internacional, parecía que las tesis leninistas dejaban de tener vigencia. Sin embargo, el triunfo del estalinismo en Rusia no sólo implicó la proclamación del tan lejano a Lenin principio de “socialismo en un solo país”, sino también la defensa de los movimientos de liberación nacional, aún en el nuevo contexto. Así, se perdía de vista la coherencia del planteamiento leninista, apoyándose en los países periféricos una política de alianza del proletariado con la burguesía nacional a cualquier costo, y por lo tanto se relativizaba la centralidad de desarrollar allí una política consecuente de clase independiente.

Antes de pasar al análisis de las posiciones de Otto Bauer, vale la pena destacar que Lenin creía que el socialismo, al eliminar los roces nacionales gracias a la plena democracia y libertad, aceleraría la fusión internacional, y por lo tanto rechazaba el principio de “autonomía nacional-cultural” que los marxistas austriacos defendían. Según Lenin, ese principio no sólo implicaba la sumisión ideológica de las clases subalternas de las naciones oprimidas a su burguesía, sino también el mantenimiento de la opresión por parte de las naciones imperialistas. Las tareas nacionales del proletariado no pasaban, según él, de la defensa del derecho a la autodeterminación.

Otto Bauer: La nación como “comunidad de destino”

Miembro de la socialdemocracia austriaca, y alineado en el “centro” hasta 1917, cuando pasa a conformar el ala izquierda del partido, Otto Bauer produjo una de las obras más inteligentes

¹⁵ Lenin (1977), p. 154.

¹⁶ Lenin (1974), p. 530.

de la historia del marxismo sobre el problema nacional. Publicada en 1908, *La cuestión nacional y la socialdemocracia* sorprende aún hoy por su profundidad y refinamiento teórico.

Bauer formaba parte de lo que se denominaría “austromarxismo”, corriente intelectual que conjugaba el materialismo histórico con el kantismo en boga en la Viena de principios del siglo XX. A ese grupo pertenecían Rudolf Hilferding y Max Adler, entre otros, y sus trabajos resultaron una renovación y fuente de debates en el campo intelectual marxista.

Como ya veremos, la teoría de Bauer sobre la nación recibió adhesiones y críticas por parte de los más importantes miembros de la Segunda Internacional, entre ellos, Kautsky y Lenin. Además, resultó de gran importancia para la política de la SD austriaca. Resulta extraño entonces como una obra de tal calidad e importancia en su tiempo pudo ser prácticamente olvidada por la tradición marxista durante mucho tiempo.

Según Bauer, “Nación es un conjunto de seres humanos vinculados por una comunidad de destino en una comunidad de carácter”.¹⁷ El concepto de comunidad lo toma Bauer de F. Tönnies, aunque con ciertos cambios. Mientras la sociedad (*gesellschaft*) se caracteriza por conformarse a través de una vinculación por normas “exteriores” (como la moral, el derecho, la lengua, etc.), resultando ser una unión por voluntad arbitraria, la comunidad (*gemeinschaft*) surge por la acción duradera de una misma fuerza, el mismo modo de existencia o el mismo destino, transformándose en un vínculo intrínseco, y por lo tanto una voluntad esencial. La comunidad de carácter no implica que los caracteres individuales de los miembros de una nación sean homogéneos, sino que existe un vínculo primordial entre ellos, y que una fuerza homogénea actuó sobre ellos como determinante de su carácter (por otro lado existen, evidentemente, otros determinantes del carácter individual).

Por otro lado, el concepto de comunidad de destino se refiere a la historia en común que funciona como base de la conformación de las naciones. Bauer define al carácter nacional como una estructura básica del espíritu, del gusto intelectual, del modo de reaccionar ante ciertos estímulos, etc., que “... no es nada más que un precipitado de procesos históricos pasados, que se vuelve a modificar por obra de procesos históricos subsiguientes”.¹⁸ De aquí proviene uno de los aspectos más atractivos de la teoría, ya que permite entender a este carácter nacional como modificable,¹⁹ lo cual le da pie para criticar una visión “sustancialista” de la nación, sea desde lo racial o desde “un espíritu del pueblo” (según él, una “esencialidad

¹⁷ Bauer (1986), p. 142.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 10.

¹⁹ “El carácter nacional es modificable. La comunidad de carácter se vincula a los miembros de una nación durante determinada época, pero de ningún modo a la nación de nuestro tiempo con sus antepasados de hace dos o tres siglos”. *Ibíd.*, p. 25.

metafísica” del romanticismo, que no tiene en cuenta la “...interdependencia del obrar, querer y sentir de distintos individuos.”, única base desde donde la ciencia puede explicar el fenómeno nacional).

A pesar de esto, Bauer no rechaza de plano el componente biológico para su explicación de la nación, sino las teorías de tipo determinista, que colocan una aptitud nacional ahistórica que deviene de una composición genética especial. Según Bauer, son las condiciones de vida de los hombres (relaciones entre ellos y con la naturaleza), las que, tamizadas por un proceso de selección natural, dan lugar a una cierta composición genética que vuelve a reactuar con lo social. Así, “Las cualidades heredadas por una nación son nada mas que el precipitado de su pasado o, como quien dice, su historia congelada.”²⁰ La ascendencia común y la conformación de una comunidad de tradición cultural (costumbres, usos, religión, etc.), son entonces, según Bauer, los dos elementos mediante los cuales la historia común —la cual es el determinante básico— se sirve para ser eficaz, y “construir” el carácter nacional.

Queda conformado así un sistema explicativo que jerarquiza a la historia como base de las naciones. De allí se entiende la crítica de Bauer a las explicaciones de la nación por “un cúmulo de elementos no jerarquizados” (territorio, ascendencia común, lengua, costumbres, etc.), que no dejan en claro la relación de reciproca dependencia entre ellos. Por eso, critica las versiones del “nacionalismo por lengua en común”, ya que, para Bauer, la lengua es un elemento de segundo orden, un medio de eficacia de la cultura común.²¹

Hasta aquí, entonces, repasamos la definición baueriana de nación como comunidad de carácter basada en una comunidad de destino. Ahora resultará apropiado revisar otros elementos interesantes y, sobre todo, la orientación política que Bauer defendía en su libro.

A partir del análisis del caso alemán, Bauer extraía la conclusión de que durante la Edad Media la nación de los alemanes estaba conformada por una comunidad cultural de las clases dominantes, ya que los campesinos estaban excluidos. Pero además “...hoy también sigue ocurriendo que la cultura nacional es la cultura de las clases dominantes; que las grandes masas no pertenecen a la nación, que únicamente puede ser comprendida como comunidad cultural, sino que solo son tributarias de la nación, en cuya explotación descansa,

²⁰ Ibid., p. 40.

²¹ Se trata de una herramienta mediante la cual se crea y conserva la comunidad cultural, y funciona como regulación exterior (Bauer reconoce igualmente que la lengua no es sólo un medio, sino también un bien cultural determinante del carácter nacional. Lo mismo ocurre con la región o residencia común: Puede ser condición de existencia de una nación, pero sólo en la medida en que sea condición de una comunidad de destino.

por supuesto, el soberbio edificio de la cultura nacional, del que a su vez siguen estando excluidos.”²²

Bauer sostenía que el capitalismo impedía la integración del obrero en la comunidad cultural nacional, y que sólo el socialismo permitiría que las masas posean la historia y cultura de la nación. Por eso, defendía una política “evolucionista-nacional”, que permitiera la participación de toda la población en la comunidad cultural común. Esto implicaba una lucha del proletariado por mayor democracia (igualdad en el sufragio, libertad de prensa, reunión y asociación, etc.), mejoras educativas y económicas. Esta política se opondría a la “conservadora nacional”, que intentaba conservar la peculiaridad nacional para mantener el orden social existente. Pero aún más, según Bauer, era de necios oponer el internacionalismo proletario a los intereses nacionales,²³ porque el pasaje al socialismo implicaría una mayor diferenciación de las naciones, aunque el contenido cultural material se encontrara nivelado. Así, el cosmopolitismo se desarrollaría junto a los caracteres nacionales, conquistándose la plena autodeterminación de las naciones, ya plenamente integradas por el conjunto del pueblo.

Evidentemente, esta postura de Bauer chocaba contra los marxistas que sostenían, como Kautsky, el inexorable proceso de descomposición del nacionalismo por el avance del mismo capitalismo. Por esta razón recibió críticas desde el centro y la izquierda de la Segunda Internacional.²⁴ Ante las mismas, respondió en dos artículos, “Observaciones sobre la cuestión de las nacionalidades”, y “El obrero y la Nación”,²⁵ donde aclaraba que, sin negar la tendencia a la internacionalización de la cultura, la asimilación, elaboración y adaptación de aquella se daba en términos nacionales (“apercepción nacional”). No debería caerse entonces en un “cosmopolitismo ingenuo”, ya que “El internacionalismo no puede volverse culpable de la incomprensión del significado histórico de las naciones y de las luchas nacionales si no quiere empujar a más de uno a los brazos del nacionalismo”.²⁶

Por otra parte, a diferencia de Lenin, Bauer no concebía el problema nacional desde la óptica de una lucha por el derecho a la separación política, sino como una lucha social por la

²² Ibid., p. 67.

²³ Bauer sí opone un tipo de “valoración nacional”, la cual coloca al individuo como producto de la nación, con una “valoración racionalista”, más coherente con el internacionalismo proletario, que mide según medios-fines y el ideal ético. Aclara, igualmente, que no siempre se oponen, pudiendo coincidir en ciertos casos.

²⁴ Por ejemplo, tanto el artículo de Karl Kautsky “Nacionalidad e internacionalidad” desde el centro, como el folleto de Josef Strasser “El obrero y la nación”, desde la izquierda, eran un ataque abierto a Bauer, sobre todo en dos aspectos: la defensa de la teoría de la “nación por lengua común”, y la crítica a la idea de que el desarrollo capitalista, y más aun el socialismo, llevaban a una mayor diferenciación nacional, y no a la homogeneidad cultural.

²⁵ Ambos artículos se encuentran en AAVV (1978), pp. 172-185 y 248-256.

²⁶ Ibid., p. 255.

integración de las masas en la nación, o sea, en su participación en la cultura nacional. Así, defendió una solución de “autonomía nacional personal” para Austria²⁷. Sin embargo, la política anexionista en los balcanes, y el creciente antagonismo con Serbia y Rusia, volvieron insostenible tal posición, que abandonó ya en 1909. Toda una parte de su libro de 1908, que intentaba defender la manutención del Estado multinacional Austro-Húngaro, quedó fuera de discusión. A pesar de todo, aún en 1923, cuando se reeditó *La socialdemocracia...*, Bauer decía que el desarrollo teórico de aquel libro continuaba vigente. En 1917, Bauer pasó al ala izquierda y escribió el “Programa izquierdista para las nacionalidades”, donde se daba por descontada la disolución del Imperio, y se defendía el derecho de las naciones a la autodeterminación.

Stalin: Definición “objetiva” de nación

Para terminar con esta presentación de las principales posiciones con respecto a la concepción sobre lo que es una nación en el seno de la Segunda Internacional, repasaremos brevemente el trabajo de Stalin sobre el tema.

En muchos aspectos, la obra de Stalin sobre el problema nacional no consistió en más que en la repetición de las posiciones leninistas, como la defensa del derecho a la autodeterminación y el ataque a la “autonomía nacional-cultural” de los austromarxistas.

Ahora bien, mientras Lenin nunca avanzó teóricamente en la concepción de la nación, y se ocupó mas bien de los aspectos políticos de los movimientos nacionales emergentes, Stalin desarrolló una concepción “objetivista” de la nación: “Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada esta en la comunidad de cultura”.²⁸

Este enunciado tenía como principal objetivo ofrecer una versión explicativa de nación alternativa a la de Bauer, la cual Stalin criticaba por su carácter “metafísico”. Pero como vemos, Stalin ofrecía a cambio una rígida definición (según él, ninguno de los términos citados debían dejar de estar presentes en un grupo para que se lo considerase una nación) que

²⁷ Este principio, basado en la libertad de cada individuo para decidir su nacionalidad —como si se tratara de una religión—, resultó ser una importante fuente de discusiones entre los socialistas de la segunda internacional. A pesar de que la socialdemocracia austriaca lo discutió y tomó como posible solución, ésta se mostró finalmente inviable, ante la disolución del Imperio a causa de la primera guerra mundial. Uno de los mayores defensores del principio fue Karl Renner, otro importante teórico austromarxista, con un estilo de análisis jurídico. Renner sostenía, por ejemplo, que el derecho a la autodeterminación era inviable porque nunca se podría determinar a que sujeto de derecho le correspondía, mientras que la solución de la formula de la autonomía nacional personal era mas que simple. “El Estado y la Nación”, en AAVV (1978), pp. 141-180.

²⁸ Stalin (1946), p. 15.

ni siquiera lograba enlazar el problema nacional con la lucha de clases, cosa que sí hacían, desde distintos puntos de vista, tanto Bauer como Lenin.

Va más allá de las intenciones de este artículo analizar la política concreta de la U.R.S.S. sobre la cuestión nacional en el período estalinista, pero basta con señalar la opresión interna a nacionalidades minoritarias por parte de los rusos (contradiendo la defensa a la autodeterminación que Stalin sostuvo antes) y la tesis del “socialismo en un solo país”, para entender hasta que punto se había dado un viraje hacia el chovinismo en la Rusia soviética.

Conclusiones

La pregunta sobre qué es una nación no es fácil de responder. Se trata de un fenómeno complejo y repleto de tensiones. Aún si repasamos los trabajos más actuales sobre nación y nacionalismos, nos enfrentaremos a explicaciones muy diferentes, lo cual en muchos casos se debe a una presentación unilateral de aquello que en verdad conforma una trama dialéctica. Por esto, Gil Delannoi recalca: “En efecto, no se capta todo el fenómeno nacional sino por sus ambivalencias. Las ambivalencias, ya sean explícitas o implícitas, abundan siempre, en el interior de una misma concepción, entre concepciones competidoras o rivales”.²⁹

Por el contrario, es moneda corriente que en muchos trabajos sobre el tema se produzca alguna de estas dos tendencias: o bien enfatizar un aspecto de la nación sobre otro (por ejemplo, el carácter de “invención” y “construcción” sobre el “orgánico”) o, en el caso de tener en cuenta las tensiones, tratar los dos polos sin afrontar la conexión intrínseca de ambos, con lo cual se los convierten en características de distintos tipos de nación (esto se hace típicamente entre el universalismo ilustrado, conectado con la ciudadanía y valores democráticos, frente a un nacionalismo particularista romántico que recalca el vínculo no contractual de los miembros de la nación).

En el seno de la Segunda Internacional, el pensamiento economicista y mecanicista era hegemónico, y era entonces muy difícil que se pudiese desarrollar una teoría explicativa de la nación que no tuviese estos defectos y que, como estamos señalando, aún hoy percibimos en los trabajos de autores marxistas y no marxistas.

A partir del legado de Marx, la oposición entre nacionalismo e internacionalismo fue el sentido común de los miembros de la Segunda Internacional, e incluso de muchos autores de izquierda, aún hoy. Lenin intentó superar esta dicotomía haciendo converger las luchas por el socialismo en los países centrales con los movimientos de liberación nacional en las

²⁹ Delannoi y Taggief (1993), p. 9.

colonias, en cuanto revolucionarios. Pero como ya señalamos, el fracaso de un movimiento revolucionario a escala mundial volvió insostenible esta postura. Sin embargo, el legado de Lenin sería retomado por los movimientos de liberación nacional en la escalada descolonizadora de fines de los 50' y 60'. Se combinaban allí la teoría del imperialismo leninista con la de la dependencia, dando lugar a una concepción que tenía como centro revolucionario mundial a los países del "Tercer Mundo" (el famoso llamado del Che Guevara a que se conformaran múltiples Vietnam es la síntesis de todo un programa). Evidentemente, esto trastocaba la versión de Lenin, ya que este confiaba en la fuerza del movimiento socialista en los países desarrollados, y el único punto de convergencia entre el proletariado de las naciones oprimidas y sus burguesías sería el interés por la lucha por la independencia política. La política de la U.R.S.S., sin embargo, favorecía en el contexto de la Guerra Fría cualquier alianza interclasista "antiimperialista nacional", incluso en países ya independientes (es el caso de América Latina). Igualmente, dada la diversidad y complejidad de los movimientos de liberación nacional, el tema merecería un tratamiento más extenso, y supera largamente las intenciones de esta ponencia.

Otto Bauer concebía la relación entre el nacionalismo y el socialismo desde un punto de vista distinto al de Lenin. Para él lo fundamental era la lucha por la incorporación de las masas en la cultura nacional, en el marco de una estrategia nacional-evolucionista. Bauer remarcaba así un aspecto importante: la diferenciación al mismo interior de toda nación. Pero sabemos que, justamente, una de las características de la nación es enlazar a sus miembros en una comunidad más allá de sus diferencias de clase, siendo este el elemento ideológico que hizo que muchos marxistas la concibieran como un mero instrumento de dominación de clase. Por otra parte, parece bastante artificial la división cultural tajante que realiza Bauer, con el agravante de que, al entender que la cultura nacional está en manos de las clases dominantes, se concibe a esta última como superior.

Por eso, se hace necesario marcar la conexión entre la homogenización que implica la nación y las contradicciones de clase que se dan en su interior, incluso en el aspecto cultural. Pero para esto se vuelve necesario tomar en cuenta los desarrollos del marxismo en el campo de la ideología, el Estado y la hegemonía. Es sabido que en el trabajo de Marx sólo se encuentran desperdigados esbozos de estos problemas, y muchas veces, por su carácter inacabado y marginal, se presentan de manera mecánica y no del todo coherente con el resto de su teoría. Fueron autores posteriores, como el italiano Gramsci en los años 20' y 30', y los marxistas estructuralistas desde los 60', entre otros, quienes intentaron desarrollar estos

aspectos descuidados por el mismo Marx, revitalizando la teoría marxista. Evidentemente, estos desarrollos fundamentales para encarar un estudio de la nación desde el marxismo no estaban disponibles en tiempos de la Segunda Internacional. A pesar de todo, el aporte de algunos de los autores que hemos revisado en este trabajo no deja de ser importante incluso mas allá de nuestro interés historiográfico. Muchos aspectos remarcados por Kautsky, Lenin, Bauer y otros miembros de la Segunda Internacional mostraban gran perspicacia teniendo en cuenta la época de su producción, y aún hoy nos resultan de utilidad para comprender ciertas cuestiones del problema.

Rosa Luxemburg, por ejemplo, hacía hincapié en el papel ideológico que jugaba el nacionalismo. Para ella, una política nacional por parte del proletariado significaba perder la independencia de clase, siguiendo una política burguesa. El problema aquí es que, tal como acabáramos de comentar, aunque podamos referirnos al papel ideológico del nacionalismo como funcional a la reproducción del sistema económico, resulta de un esquematismo reduccionista extremo concebirlo como un mero instrumento de dominación de clase. La base de la nación es la incorporación de las clases subalternas a la vida política, aunque sea de modo formal, a través de la igualdad jurídica (y recordemos que de aquí proviene la moderna fuente de legitimidad política). Esto no quita reconocer que se trata además de una comunidad abstracta “imaginada” que no deja de tener un papel de “encubrimiento” de la desigualdad social, pero no podemos dejar de remarcar que, como todo elemento ideológico, descansa en un aspecto real, material, y no puede concebirse simplemente como “mentira”.

La nación, por otra parte, no es estática. Bauer realizó un gran aporte al describirla como un proceso en “constante devenir”. Un devenir no entendido en términos orgánico-historicistas, ya que la nación tiene una génesis, discontinuidades y redefiniciones en relación a los grupos sociales en pugna (aquí aparece igualmente cierta consistencia de la misma, cierta continuidad, que se asienta tanto en su conexión con el Estado como en su construcción de un pasado y futuro que le otorgan coherencia —esto último siempre en proceso de recomposición, y por medio de “suturas” ideológicas—). Por otra parte, tal como Lenin remarcó, la identidad nacional se compone de múltiples elementos contradictorios, continuamente en conflicto. Así, esta identidad no es necesariamente “reaccionaria” frente a las lealtades de clase; en verdad, y siendo tajantes, las clases se conforman a nivel nacional, y es equivocado tanto contraponer las clases a las identidades nacionales, como colocar a una clase como “causa” de las naciones (lo que generalmente se hace cuando se coloca a la burguesía como causa de la nación). En síntesis, de lo que se trata es de intentar encontrar la

conexión estructural entre el capitalismo y la conformación de naciones sin caer en un instrumentalismo mecanicista esquemático.³⁰

Dentro de la Segunda Internacional, la posición de Kautsky, quien entendía que la génesis del capitalismo se debía a la conformación de un mercado unificado y el contar con una lengua común, fue hegemónica. Mas allá de los logros teóricos de Kautsky, quien por ejemplo acertó al enfatizar el papel de la *intelligentzia* de clase media para la conformación de las naciones, esta definición resultaba demasiado estrecha (aunque el mercado y la lengua son elementos importantes a tener en cuenta). En el caso de Stalin, su análisis es aún menos rico, porque él desarrolló una definición objetiva rígida que deja afuera múltiples casos que no se adaptan a ella, o sea que, invirtiendo los términos, la definición de Stalin no se adapta a la complejidad y diversidad de las naciones, y por lo tanto sirve de poco para entender el fenómeno. En verdad, toda definición “objetiva” que intenta explicar la nación por un cúmulo de elementos que deben presentarse, nos trae estos problemas, y en última instancia, termina sin servirnos para comprender la génesis y transformaciones de las naciones.

Por el contrario, los trabajos de Lenin y Rosa Luxemburgo se distanciaron de este formalismo al intentar situar el fenómeno nacional desde una perspectiva que priorizaba la variable política, indagando las posibilidades de articulación entre los nacientes movimientos nacionalistas y la lucha por el socialismo. Más allá de sus diferencias, para ambos lo esencial era dilucidar el aporte o freno que implicaba cada movimiento nacionalista en concreto para el objetivo revolucionario, necesariamente internacional. Con esta metodología, pusieron en cuestión cualquier esencialismo nacional, al tiempo que reconocían la relevancia del fenómeno. Sin embargo, se trataba en último término de un reconocimiento táctico: el Estado nacional debía ser superado por el socialismo, y ambos entendían que las condiciones para esta transformación estaban ampliamente desarrolladas a principios del siglo XX. Lo importante aquí no es señalar lo errado de aquella predicción, sino que esta convicción obturó un mayor desarrollo teórico sobre lo nacional en ambos autores. Que la pregunta guía de sus trabajos fuera ¿en que casos es posible que los movimientos nacionales se complementen con el movimiento obrero que lucha por una revolución socialista internacional? y no la antigua pregunta de Renan ¿qué es una nación? es clave para entender por qué éstos se nos presentan hoy como limitados en su indagación sobre los Estados nación y los movimientos nacionalistas, aunque debe destacarse que en los mismos no faltan análisis y reflexiones de interés.

³⁰ Vale aclarar que de todas maneras demasiados casos contradicen cualquier intento por establecer una determinación unilineal en función de intereses de clase o desarrollo económico.

En este punto, difícilmente pueda sobreestimarse la importancia del esfuerzo de Otto Bauer por indagar a fondo esta pregunta, evitando por otra parte las definiciones objetivistas, sustancialistas —sean de orden “espiritual” o biológico— y subjetivistas de nación, y ofreciendo un sistema explicativo que pone el énfasis en la historia. Sin embargo, Bauer, quien entendía a la nación como una “comunidad de carácter” dejó de lado la conexión de la nación con el Estado, y tampoco tuvo en cuenta el carácter ideológico del nacionalismo (su función para el establecimiento de una hegemonía). Esto coincidía con su interpretación de la nación como fenómeno autónomo al desarrollo del sistema capitalista. En realidad, según Bauer sólo el socialismo, al superar la etapa de sociedades clasistas, lograría la conformación real de una comunidad nacional que integraría a las masas.

Volvemos así al comienzo: la unilateralidad a la hora de entender un fenómeno contradictorio como es la nación, y la falta problematización sobre la relación contradictoria entre esta última y la estructura capitalista, fueron un déficit común de todas las posiciones de miembros de la Segunda Internacional que repasamos. Este legado se extendió en la izquierda, a tal punto que hasta bien avanzado el siglo XX (y aún hoy en algunos casos), la posición “internacionalista intransigente” y la “antiimperialista nacional” continuaron siendo el lugar común desde donde se analizaba el problema nacional. Así y todo, este balance crítico no impide que concluyamos esta ponencia remarcando que la lectura de algunos autores marxistas pertenecientes a la Segunda Internacional es de inapreciable utilidad para plantear problemas centrales para la conceptualización de la nación aún hoy. Es que se trata, en nuestra opinión, de un importantísimo aporte dentro de una tradición teórico-política que, en diálogo con otras, aún puede ayudarnos en el intento por dilucidar los contornos de un fenómeno sumamente complejo.

Bibliografía

- AAVV (1977), *Storia del marxismo contemporaneo*, vol. 2, Milán, Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, pp. 97-127.
- AAVV, (1978), *La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*, México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 73 y 74.
- Avineri, Shlomo, (1991), “Marxism and nationalism”, *Journal of Contemporary History*, vol. 26, n° 3-4, pp. 637-657.
- Bauer, Otto, (1986), *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI.
- Berlin, Isaiah, (1983), “Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente”, en *Contra la corriente*, México, F.C.E.
- Borojov, Ber, (1979), *Nacionalismo y lucha de clases (1905-1917)*, México, Cuadernos de Pasado y Presente n° 83.

- Bottomore, Tom y Goode, Patrick (eds.), (1978), *Austro Marxism*, Oxford, Clarendon Press.
- Bourdet, Yvon, (1968), *Otto Bauer et la révolution*, Paris, EDI.
- Cole, George Douglas Howard, (1986), *Historia del pensamiento socialista*, tomos III y IV, México, F.C.E.
- Davis, Horace, (1972), *Nacionalismo y socialismo. Teorías marxistas y laboristas sobre el nacionalismo hasta 1917*, Barcelona, Península.
- Delannoi, Gil y Taguieff, Pierre-André, (1993), *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós.
- Geary, Dick (comp.), (1992), *Movimientos obreros y socialistas en Europa antes de 1914*, Madrid, Publicaciones del Ministerio de Seguridad y Servicios Sociales.
- Hobsbawm, Eric, (1991), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.
- Hobsbawm, Eric, (1997), *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica.
- Hobsbawm, Eric, (1998a), *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, Crítica.
- Hobsbawm, Eric, (1998b), *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica.
- Hobsbawm, Eric, Haupt, Georges y otros (dirs.), (1980), *Historia del marxismo*, tomo III, Barcelona, Bruguera.
- Hutchinson, John y Smith, Anthony (eds.), (1994), *Nationalism*, Oxford, Oxford University Press.
- Kolakowski, Leszek, (1982), *Las principales corrientes del marxismo*, tomo II. La edad de oro, Madrid, Alianza.
- Kogan, Arthur, (1949), "The Social Democrats and the conflict of nationalities in the Habsburg Monarchy", *Journal of Modern History*, vol. 21, nº 3, pp. 204-217.
- Lenin, V.I., (1974), "El derecho de las naciones a la autodeterminación", "La guerra y la socialdemocracia rusa", "El orgullo nacional de los gran rusos" y "Una caricatura del marxismo y el economicismo imperialista", en *Obras Escogidas*, tomo III, Buenos Aires, Cartago, pp. 143-221, 496-548.
- Lenin, V.I., (1977), "Acerca del programa nacional del POSRD", "Notas críticas sobre la cuestión nacional", "La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación" y "Balance de la discusión sobre la autodeterminación", en *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario*, Moscú, Progreso.
- Leser, Norbert, (1966), "Austro-Marxism: A reappraisal", *Journal of Contemporary History*, Vol. 1, nº 2, pp. 117-133.
- Löwy, Michael, (1998), *¿Patria o planeta? Nacionalismos e internacionalismos de Marx a nuestros días*, Rosario, Homo Sapiens.
- Löwy, Michael y Haupt, Georges, (1980), *Los marxistas y la cuestión nacional*, Barcelona, Fontamara.
- Luxemburg, Rosa, (1979), *La cuestión nacional y la autonomía*, México, Cuadernos de Pasado y Presente nº 81.
- Maitron, Jean y Haupt, Georges (dirs.), (1971), *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international*, tomo I (Austria), Paris, Les Éditions Ouvrières.
- Mármora, Leopoldo, (1986), *El concepto socialista de nación*, México, Cuadernos de Pasado y Presente nº 96.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, (1980), *La cuestión nacional y la formación de los Estados*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, nº 69.
- Mommsem, Hans y Burian, Meter, (1975), "Estado Nacional", en Kernig, C. D. (dir.), *Marxismo y Democracia*, Serie Historia (dirigida por Hans Mommsem y Wolfgang Schreder), tomo 3, Madrid, Rioduero, pp. 73-96.
- Mommsem, Hans y Martin, Albert, (1975), "Nacionalismo. El problema de las nacionalidades", en Kernig, C. D. (dir.), *Marxismo y Democracia*, Serie Historia (dirigida por Hans Mommsem y Wolfgang Schreder), tomo 7, Madrid, Rioduero, pp. 22-87.

- Nairn, Tom, (1993), “El internacionalismo y su nuevo advenimiento”, *Debats*, nº 46, pp. 122-128.
- Palti, Elías, (2002), *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, F.C.E.
- Renan, Ernest, (2000), “¿Qué es una nación?”, en Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial.
- Rosdolsky, Roman, (1980), *Friedrich Engels y el problema de los pueblos sin historia*, México, Cuadernos de Pasado y Presente nº 88.
- Stalin, Josef, (1946), *El marxismo y el problema nacional y colonial*, Buenos Aires, Problemas.
- Weber, Max, (1996), *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, F.C.E.